



*Pontificia Universidad Católica Argentina*  
"Santa María de los Buenos Aires"

*Aportes del Cardenal  
Wyszynski en la gestación de  
Laborem Exercens. El tema  
de la espiritualidad  
del trabajo.*

Por  
Horacio Rodríguez-Penelas

---

*Facultad de Ciencias Sociales y Económicas  
Departamento de Economía  
Documento de Trabajo N° 18*

**Agosto de 2007**

**APORTES DEL CARDENAL WYSZYNSKI  
EN LA GESTACIÓN DE LABOREM EXERCENS.  
EL TEMA DE LA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO.**

**Horacio Rodríguez-Penelas**

**Agosto de 2007**

**Resumen**

Este artículo presenta algunos aspectos del libro *El espíritu del trabajo*, escrito por el cardenal Stephan Wyszyński, publicado en español en 1957, a fin de mostrar su influencia en los contenidos de *Laborem Exercens*. Efectivamente, considerando la relación estrecha entre Wyszyński y Wojtyła, más conocido como el Papa Juan Pablo II, resulta de una especial importancia señalar cuánto ha influido el Primado Polaco en el futuro Papa.

Wyszyński muestra que el cristianismo aportó la real elevación del trabajo humano, de conformidad con la dignidad humana, en la cual, el trabajo halla las fuentes de su propia dignidad, por la razón de ser una acción emanada de la inteligencia y voluntad humanas. Éste es el primer paso para desarrollar la idea de un *ethos* del trabajo referido a la persona humana en tanto que imagen y semejanza de Dios. El trabajo conduce a la persona humana hacia su pleno desarrollo a través del perfeccionamiento de la naturaleza racional.

El significado del trabajo como participación en la creación de Dios es entendido como cooperación en Su obra creadora. El trabajo es también un modo efectivo de aproximación a Dios, como Cristo demostró al trabajar con José al punto de ser considerado *el hijo del carpintero*.

El Cardenal Wyszyński explica también que antes del pecado original el trabajo aportaba sólo satisfacción y alegría, pero luego del pecado original aparecieron el esfuerzo y el dolor. Esto se conecta con la importancia del trabajo como camino de santificación y redención para los hombres, aspecto considerado especialmente por Wyszyński para mostrar el valor redentor del trabajo humano.

**Abstract**

This article presents some aspects of the book *El espíritu del trabajo* (*The spirit of work*) written by cardinal Stephan Wyszyński, published in Spanish in 1957, to show its influence in *Laborem Exercens* contents. Effectively, considering the close relationship between Wyszyński and Wojtyła, better known as pope John Paul II, results of a special importance to show how much has influenced the Poland Primate in the future Pope.

Wyszyński shows that Christianity brought the real elevation of human work according to human dignity, in which, work finds the sources of its own dignity: being an action produced by human intelligence and will. This is the first step to develop the idea of a work *ethos* referred to human person as image and resemblance of God. Work leads to the whole development of human person through the perfecting of rational nature.

The meaning of work as participation in God's labour creation is understood as man's cooperation in His creative labour. Work is also an effective way to approach to God, as Christ has shown himself working with Joseph, at the point of being considered *the son of the carpenter*. Cardinal Wyszyński explains also that before original sin, work provided only satisfaction and joy, but after it, effort and pain appeared. This is connected with the importance of work as a way of sanctification and salvation for men, aspect specially considered by Wyszyński in order to show the redemptive value of human work.

# APORTES DEL CARDENAL WYSZYNSKI EN LA GESTACIÓN DE LABOREM EXERCENS. EL TEMA DE LA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO. Horacio Rodríguez-Penelas\*

## Introducción

En 1957, aparecía la versión castellana de la obra *El espíritu del trabajo*, cuyo título original en polaco es *Duch pracy ludzkiej*, escrita por el cardenal Stephan Wyszynski, arzobispo de Varsovia y primado de Polonia. La obra, importante por su propio peso, adquiere mayor relevancia si se la mira desde la perspectiva de la encíclica *Laborem exercens*, dada por Juan Pablo II en Castelgandolfo el 14 de septiembre de 1981.

Considerando la proximidad y el afecto que manifestaba Juan Pablo II por quien había sido su primado, resulta de interés reflexionar sobre la vinculación entre el pensamiento de Wojtyla, llamado a la silla de Pedro, y las enseñanzas del primado polaco, vertidas más de treinta años antes.

De la lectura de ambos textos se deduce que el papa había rumiado palabra por palabra el texto de Wyszynski y su pensamiento había calado hondo en la mente del pontífice, al punto de dedicar su primera encíclica social a este tema. Son elocuentes las palabras que emplea para referirse a la publicación del texto: “Este documento, que había preparado para que fuese publicado el día 15 de mayo pasado, con ocasión del noventa aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*, he podido revisarlo definitivamente sólo después de mi permanencia en el hospital”<sup>1</sup>. Con el texto ya compuesto y el silencio del prolongado período de recuperación luego del atentado que sufriera el pontífice, es dable suponer que dedicara gran parte de su tiempo a reflexionar y pulir las enseñanzas que volcaría en el documento.

El trabajo que me propongo ofrecer consiste en una exposición de aquellas cuestiones tratadas por Wyszynski en *El espíritu del trabajo* concernientes a la naturaleza del trabajo humano y su relación con la creación, el pecado original y la redención del hombre, para resaltar la trascendencia y profundidad de este texto y destacar los aportes de esta obra respecto de un *ethos* del trabajo humano. Entiendo el término *ethos* como «modo de ser» o «carácter».

Constituyendo el trabajo humano una actividad tan importante en la vida del hombre, la pregunta por el *ethos* resulta de máximo relieve para determinar su deber-ser. En este sentido hallo apropiadas las siguientes palabras del cardenal Ratzinger: “Lo específico del hombre en cuanto hombre consiste en interrogarse no sobre el «poder», sino sobre el «deber» como apertura a la voz de la verdad y de sus exigencias”<sup>2</sup>. A este *ethos* del trabajo al que me refiero parece aludir Wyszynski al decir: “Es posible elevar la importancia educativa del trabajo humano, tanto en el terreno particular como en el social”<sup>3</sup>.

---

\* Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina.

<sup>1</sup> Juan Pablo II: *Laborem Exercens*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1981, p. 87.

<sup>2</sup> Ratzinger Joseph: *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 2005.

<sup>3</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, Rialp, Madrid, 1958, p. 17.

## La obra de Dios y el trabajo de Cristo

Luego de presentar algunas cuestiones propias del trabajo en el mundo de mediados del siglo XX, cuando el cardenal escribía su libro, se aboca a responder la siguiente pregunta: ¿qué es el trabajo humano? Para poder hacerlo adecuadamente, reflexiona sobre el trabajo de Dios, analizando si es posible hablar de tal cosa. No duda en responder de modo afirmativo, pues el mismo Cristo lo ha manifestado: “Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también”<sup>4</sup>. Sus palabras ponen de manifiesto que el Hijo sigue el ejemplo del Padre, ejemplo que comienza ya desde los albores de la creación, en las mismas escenas descritas por el libro del Génesis que da muestras de la labor incansable del Creador “principio de toda actividad, de todo movimiento, del trabajo”<sup>5</sup>.

A partir de esta descripción de la labor creadora de Dios, Wyszynski invita a que el hombre tenga siempre presente ante sus ojos la visión del acto creador para no sobreestimar los frutos de su trabajo. El *ethos* que pretende transmitir tiene que ver tanto con la forma de trabajar que percibe: “trabajo previsor, consciente y amoroso de Dios”<sup>6</sup>, como con la dependencia del hombre respecto de Dios, con su contingencia, con su limitación, con su rol de lugarteniente en la obra creadora que Dios ha iniciado y el hombre debe continuar: “El hombre, en efecto, no crea nada, no hace más que elaborar los dones creados por Dios”<sup>7</sup>.

De aquí se desprende ya una sugerencia para un *ethos* del trabajo humano, un deber-ser a semejanza del acto creador: previsor, consciente y amoroso. Se vislumbran ya las exigencias que el trabajo impone a la inteligencia y a la voluntad humanas, potencias específicamente humanas que deben ser actualizadas a través de la obra realizada. Previsión y conciencia denotan la participación del hombre que asume las consecuencias, advirtiendo el futuro y sopesando los posibles efectos de su obrar, el respeto por el mundo creado y sus leyes, la consideración al derecho de los demás de gozar también ellos de los dones de la creación. El trabajo amoroso refiere a una acción que, a semejanza de la obra creadora, denote amor, entrega de sí para el mejor logro, para que la obra realizada sea perfecta, plenamente conforme a su naturaleza. Al leer el texto no se puede dejar de pensar en la virtud de la prudencia, y lo mismo advierte el cardenal al referirse al plan de Dios en estos términos: “Sin embargo, el cumplimiento detallado de su plan lo confía al hombre, ser consciente, que ha de cooperar, mediante su prudencia, a llevar la creación entera a la finalidad establecida por el Hacedor”<sup>8</sup>.

Luego de exponer sobre este trabajo del Creador, Wyszynski expone de inmediato la forma en que Cristo continúa con la obra del Padre, su dedicación al trabajo manual colaborando con José, su apelativo de «obrero» o «artesano» impuesto por sus coterráneos. Presenta luego el valioso análisis de las dos fuentes ejemplificadoras que nutren al Señor, el del Padre creador y el del padre adoptivo.

Llama la atención una escena singular en la que repara el autor: cuando Cristo resucita, se presenta a sus discípulos y ellos están trabajando entre barcas y redes: han

---

<sup>4</sup> Jn 5,17.

<sup>5</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 29.

<sup>6</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 32.

<sup>7</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 32.

<sup>8</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 33.

regresado a sus faenas. Entusiasma la conclusión del autor al hablar del trabajo de esos pescadores: “Han vuelto tranquilamente a sus tareas y no se les ha ocurrido nada que no fuera el viejo trabajo: lo llevaban demasiado dentro del corazón, y los atraía con demasiada fuerza”<sup>9</sup>. Aprovechando estas palabras, interesa apreciar que es en medio de ese trabajo donde los discípulos hallan a Cristo. Él les sale al encuentro en medio del trabajo y ellos lo hallan ahí. De estos pescadores de peces, hombres acostumbrados a las dificultades, las tempestades, los fracasos, en fin hombres hechos en la perseverancia y la paciencia, hará Dios pescadores de hombres.

### **Concepción cristiana del trabajo**

En esta relación entre el trabajo físico y el apostólico halla Wyszynski el punto de arranque y sustento para el respeto que el pensamiento cristiano ha mostrado siempre hacia el trabajo humano. Es conocido el hecho de que san Pablo hiciera expresa mención de que trabajaba con sus manos para no ser gravoso a las comunidades cristianas. Desde entonces aparece una clara distinción entre la concepción cristiana del trabajo y la concepción pagana. Ésta se caracterizó por menospreciar y hasta despreciar cualquier tipo de trabajo, aun el artístico.

En el mismo sentido señala acertadamente: “El cristianismo acabó también con este error, haciendo real y efectiva la liberación y dignificación del trabajo humano”<sup>10</sup>. Aquí pone al trabajo en su real relación con la naturaleza y dignidad del hombre, admitiendo que la dignidad del trabajo procede de ser una acción humana, un acto deliberado del hombre, donde juega su inteligencia y voluntad y, por ende, expresa de ese modo su dignidad, sustentada en ser específicamente imagen y semejanza de Dios gracias a su dimensión espiritual. Por eso, desde nuestra visión del hombre, no decimos que el trabajo dignifique al hombre, pues significaría admitir que quienes trabajan son más dignos que quienes no lo hacen; decimos en cambio que el trabajo es digno porque lo realiza un hombre cuya dignidad proviene de ser hijo de Dios, creado a su imagen y semejanza, dotado de una naturaleza racional, de inteligencia y voluntad.

Resulta de interés observar que en el mismo año en que se editaba en castellano este libro de Wyszynski, aparecía, también en castellano, una obra de Villain, jesuita francés de reconocida experiencia en el campo social, en la que afirmaba: “Nosotros estamos aquí en las antípodas del pensamiento socialista puro; para él, el hombre tiene una dignidad porque trabaja; la fuente de su dignidad está en su trabajo o mejor en la obra realizada. Nosotros decimos, por el contrario, que es el hombre el que da una dignidad al trabajo; la fuente de la dignidad del trabajo humano está en el hombre”<sup>11</sup>. Teniendo en cuenta que Wyszynski escribe su obra en un medio político de concepción materialista que intentaba cambiar la cultura polaca, llama la atención que Villain se refiera directamente a la concepción socialista pura, para distinguirla de la concepción cristiana, en lo cual ambos autores denotan total sintonía.

El trabajo es en la concepción cristiana, expresión y testimonio de la dignidad del hombre, pues en la actividad laboral el hombre pone de sí las cualidades que el Creador le

---

<sup>9</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 37.

<sup>10</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 38.

<sup>11</sup> Villani, Jean: *La enseñanza social de la Iglesia*, Aguilar, Madrid, 1957, p. 188.

concedió para dominar la tierra, para transformar la creación, perfeccionándola, perfeccionándose a sí mismo y colaborando en el desarrollo de sus hermanos. Estrictamente hablando, el trabajo no perfecciona al hombre, pero le brinda una ocasión única para que el hombre se perfeccione. ¿Por qué? Porque el perfeccionamiento del hombre sólo se da cuando compromete efectivamente su dimensión subjetiva en él, sus intenciones, las disposiciones con que lo realiza, sus fines, y no simplemente por hacer algo productivo.

Esta visión no escapa a la consideración de Wyszyński, quien afirma: “Es más, el cristianismo vino a subrayar la importancia de las relaciones existentes entre la tarea espiritual y la física, y lo hizo sobre todo a través de la vida monacal, asociación íntima de la contemplación más elevada con el trabajo manual”<sup>12</sup>. Con estas palabras alude a la consigna benedictina de *ora et labora*, el *reza y trabaja* con que los monjes proclamaron su agradecimiento a Dios por las maravillas de la creación y la transformaron en su servicio a los hombres, generando una estrecha relación entre su vocación contemplativa y actividades temporales como la agricultura, la ganadería, las artesanías, etc. El trabajo ya no es propio de esclavos sino de seres libres capaces de honrar a Dios mediante su ofrecimiento y lograr así un camino de santificación personal. Obsérvese la radical diferencia al concebir el *ethos* del trabajo, su deber-ser en íntima conexión con el desarrollo personal del hombre.

La concepción cristiana no es ajena a la tradición del Antiguo Testamento, pues frente a las duras palabras del Génesis: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan”<sup>13</sup>, los salmos ofrecen una visión distinta, más humana y enriquecedora, aun de la misma fatiga que parece enajenar al trabajo: “Porque comerás del trabajo de tus manos, serás feliz y bienaventurado”<sup>14</sup>.

## Trabajo y perfección humana

Cuando Wyszyński se refiere al trabajo en tanto que necesidad de la naturaleza humana, para dedicar un capítulo de su libro a esta cuestión, comienza con este párrafo: “El inspirado autor del salmo 104 habla de dos leyes: la ley de la noche y la ley del día. Dice así de la primera: «Tú tiendes las tinieblas y se hace noche, y en ella corretean todas las bestias salvajes ..., pidiendo así a Dios su alimento». Mas he aquí que llega la ley del día: «Sale el hombre a sus labores, a sus haciendas, hasta la tarde». La ley del día es la ley del trabajo del hombre. El mundo animal, escondiéndose en sus madrigueras, deja el campo al ser consciente. Es una invitación al trabajo humano, la creación de las condiciones que necesita. La ley del día es, a la vez, la obligación del día. El trabajo es, pues, la obligación del hombre, y esta obligación nace de las necesidades vitales mismas, así como del papel primordial que para la plenitud de la personalidad humana desempeña el trabajo”<sup>15</sup>. Aunque algo extensa, la cita merece ser transcrita pues permite apreciar el pensamiento del autor desde su concepción antropológica. Cabría preguntarse por qué esta oposición entre *ley de la noche* y *ley del día*. La clave está en el mismo Evangelio, y sólo desde ahí puede comprenderse. Las obras de la noche son las que degradan al hombre, las que frenan

---

<sup>12</sup> Wyszyński, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 39.

<sup>13</sup> Gn 3,19.

<sup>14</sup> Sal 128,2.

<sup>15</sup> Wyszyński, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 40.

su desarrollo, las que conspiran contra el progreso y el crecimiento del hombre en cuanto persona humana; las obras del día son las del hombre consciente, las que reflejan la imagen y semejanza del hombre respecto de Dios. Aun siendo una metáfora, las obras de la noche son las de los seres no racionales, la racionalidad campea durante el día.

Pero el cardenal no se detiene ahí, da un paso más, vinculando racionalidad con obligación. ¿Con qué obligación? Con aquélla que emana de esa naturaleza racional, precisamente, pues concierne a la naturaleza racional del hombre. Si bien en lo físico el hombre presenta las mismas limitaciones que los animales y que cualquier otra creatura, la dimensión espiritual que lo asemeja a Dios, le permite elevarse por sobre esas limitaciones y expandir su inteligencia y el dominio de su voluntad, para crecer y desarrollarse. Por lo tanto, la obligación a la que se refiere Wyszyński es la obligación moral respecto de su desarrollo, de la cual ningún hombre puede eximirse y frente a la cual tampoco puede ser sustituido. Ésas son las obras del día, las que todos pueden apreciar y admirar, las obras meritorias que el trabajo comprende en sus dos dimensiones: la corporal, aportando los bienes para su subsistencia; la espiritual, dando ocasión para el desarrollo de la inteligencia y de la voluntad.

Por eso afirma de inmediato: “Sin el trabajo no se puede sostener la vida ni alcanzar el pleno desarrollo de la personalidad. Él es, en efecto, quien mantiene en nosotros el don de Dios, la vida, satisface dignamente sus posibilidades y perfecciona nuestra naturaleza consciente”<sup>16</sup>. Admira el modo sutil de elevar al trabajo por encima de una concepción meramente material, pues añade al sostenimiento de la vida (dimensión corporal), el pleno desarrollo de la personalidad (dimensión espiritual) y de inmediato lo vincula a la vida como don de Dios (dimensión trascendente). Esta condición de ser consciente se aplica a la forma de trabajar, mas también al hecho de ser capaces de ver la vida como don de Dios, vida que nos ha sido dada para enriquecerla, para hacerla crecer.

Deseo destacar un término empleado en este texto que resulta muy apropiado para comprender acabadamente el *ethos* del trabajo; me refiero a la palabra “consciente” que seguramente fue incorporada con plena deliberación por el autor ya que no es una expresión de menor cuantía. Sólo cuando el trabajo se realiza conscientemente, esto significa con compromiso pleno de nuestra inteligencia y nuestra voluntad, asumiendo las reglas del trabajo concreto que conducen a la perfección de la obra realizada, se aproxima también el hombre a su perfección humana, relativa como todo lo humano.

Como Wyszyński intuye que no puede hablar de la naturaleza del trabajo sin bucear en sus orígenes, refiere al relato del Génesis en estos términos: “Fue entonces cuando, al poner al hombre en el paraíso, Dios le ordenó que lo cultivara y lo cuidara (Gn.2,15). No hubo, pues, que esperar a la caída para encontrarse con la obligación de trabajar; el mismo paraíso hubo de ser cultivado”<sup>17</sup>. Tal referencia le permite disociar al trabajo del castigo merecido por el pecado, por el cual le fue añadida la fatiga: “Pero a la simple obligación anterior viene a añadirse un esfuerzo especial y desconocido, consecuencia de la mácula de la culpa en la inteligencia y en la voluntad”<sup>18</sup>. Obsérvese que muestra, por un lado, la obligación de trabajar para lograr su perfección en virtud de la estrecha relación que expone entre trabajo y naturaleza consciente; por otro, los efectos del pecado sobre la inteligencia y la voluntad. Por ese motivo, la próxima cuestión que plantea es la del trabajo en su relación

---

<sup>16</sup> Wyszyński, Stephan: *El espíritu del trabajo*, pp. 40 y 41.

<sup>17</sup> Wyszyński, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 41.

<sup>18</sup> Wyszyński, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 42.

con la naturaleza consciente, antes de lo cual, para que no quede una impresión negativa del trabajo, afirma lo siguiente: “En el trabajo hay que ver, por consiguiente, una noble vocación a colaborar en el cumplimiento del plan divino; no un castigo, sino una prueba de confianza en el hombre”<sup>19</sup>.

Al posicionar al trabajo como una vocación, más aun como una noble vocación, despejando de él aquella visión escéptica que lo vincula exclusivamente al castigo, el cardenal renueva el rostro del trabajo y lo inserta en una genuina antropología que refleja que el hombre continúa la obra creadora de Dios gracias a que el Creador depositó previamente en él toda su confianza.

Llama la atención un aspecto del trabajo que señala Wyszynski que, creo, no ha sido suficientemente elaborado y explotado en la consideración del *ethos*: “Basta una simple ojeada en torno nuestro para descubrir los frutos de la actividad humana, para comprobar la conveniencia y utilidad de sus esfuerzos, para que resulte evidente que el trabajo tiende a dar a las cosas un valor nuevo gracias al cual se nos hacen útiles. Esa utilidad constituirá luego el aliciente que nos empuje a seguir trabajando, y la prueba del valor de nuestra obra, la posibilidad, gracias al trabajo, de satisfacer el hambre y la sed, de vestirse, de levantar un techo sobre nuestra cabeza”<sup>20</sup>. Al respecto, habría que distinguir dos puntos diferentes pero estrechamente ligados por este concepto de utilidad: en primer lugar, el que corresponde a los bienes de consumo, a los cuales parece referirse concretamente el autor, al vincular esta utilidad a la satisfacción de necesidades primarias como el hambre, la sed, el vestido y otras; en segundo lugar, el que refiere a la utilidad de aquellos bienes durables que satisfacen necesidades como la vivienda a la que alude explícitamente, pero también a los bienes durables que hacen posible o, al menos, facilitan el trabajo: la técnica.

En el texto transcrito, la utilidad se relaciona con la causa eficiente del trabajo al decir que ejercerá el rol de aliciente para continuar trabajando y también el de causa final en tanto que búsqueda de aquellos bienes que el hombre necesita para su subsistencia. Podrían distinguirse aquí dos aspectos que hacen al *ethos* de la acción laboral: el *finis operis* (fin de la acción propiamente dicha, lo que se hace); el *finis operantis* (el fin del agente que trabaja, donde ocupa un lugar importante la satisfacción de necesidades). En este sentido, el cardenal no deja pasar la ocasión para decir de inmediato que “no son sólo la boca y el estómago los que obligan al hombre a trabajar: impúlsanos a ello toda nuestra naturaleza consciente, ya que el trabajo debe conducir a la plenitud de desarrollo de nuestras potencias espirituales y al perfeccionamiento del individuo”<sup>21</sup>. Menciona concretamente las “potencias espirituales”, es decir, aquellas potencias específicamente humanas como son la inteligencia y voluntad.

En este *ethos* se vinculan estrechamente la dimensión corporal, mediante la cual el hombre ejecuta sus tareas, no sólo el trabajo manual sino también el trabajo intelectual, disponiendo a ello sus facultades, sino también la dimensión espiritual, pues el trabajo debe ser guiado por la inteligencia y la voluntad hacia la esfera de la perfección total del hombre, donde participan no sólo sus necesidades sino también sus gustos, sus deseos, sus anhelos. Es en la fecunda interrelación y en el pleno compromiso de todas las facultades humanas, físicas y espirituales donde halla Wyszynski la concreción del “tipo ideal del hombre

---

<sup>19</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 42.

<sup>20</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 43.

<sup>21</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 43.

trabajador”<sup>22</sup>. Todo trabajo requiere la participación de facultades físicas y espirituales, aunque la participación de unas y otras sea diferente conforme a la naturaleza del trabajo. Aquí se halla otra relación inmediata entre el aspecto objetivo de la labor y el aspecto subjetivo, donde las exigencias son puestas por la dimensión objetiva a la que la dimensión subjetiva debe someterse para lograr la perfección de la obra.

Se advierte que no puede haber perfección del sujeto si no se procura la perfección de la obra. Nuevamente, las dimensiones subjetiva y objetiva se hallan imbricadas en total armonía para que cuando el hombre respete las normas de perfección de cualquier tipo de trabajo, también encuentre en el deber-ser del trabajo, un camino de perfección de su propia personalidad humana. Este respeto por las normas de la tarea no significa el sometimiento del hombre a la técnica; cuando tal cosa se ha pretendido, en aras de una organización científica del trabajo, lo que se ha logrado ha sido despersonalizar el trabajo y convertir al hombre en un mero instrumento. El trabajo pierde así las características espirituales que son las que procuran la verdadera personalización en la tarea.

Wyszynski plantea una paradoja de interés al sugerir que la técnica, fruto de la racionalidad del hombre, se convirtió entonces en el peor enemigo de tal racionalidad al desplazar a la inteligencia en el ejercicio laboral, provocando la monotonía y el desinterés. Allí donde no concurre la inteligencia como expresión de la creatividad humana, se verá empeñada la colaboración del hombre a la obra creadora de Dios, como vocación personal. Tal trabajo no será expresión genuina de la racionalidad humana.

El cardenal destaca luego el lugar que debe ocupar la acción inteligente en el desarrollo laboral. “El trabajo debe reservar siempre un sitio para el pensamiento, porque si nos privamos de éste nos empequeñecemos nosotros mismos y empobrecemos a la sociedad, en la que los hombres van perdiendo el hábito de usar la inteligencia en su vida cotidiana. El mundo acaba convirtiéndose en una sociedad de autómatas. Los hombres pierden la conciencia de formar una comunidad”<sup>23</sup>. Estas expresiones nos remontan sin duda a las terribles condiciones de la Polonia de la década del 50, sometida bajo el rigor comunista. Nuestro autor trata de transmitir un concepto del trabajo alejado de los preceptos materialistas que infundía el comunismo imperante, para destacar la necesidad de que las condiciones en que se desenvuelve el trabajo humano contribuyan a la perfección del hombre, a su humanización, y no a su embrutecimiento. La cultura del trabajo debe permitir formar personas comprometidas con su tarea y con la sociedad, conscientes de configurar una comunidad, que no es un simple amontonamiento de hombres, sino un conjunto de hombres unidos por una tradición que constituye su pasado, y por ideales y valores que le señalan un porvenir. La expresión “autómatas” con claro sentido negativo alude a un grupo de «hombres masa», es decir sin discernimiento personal, arrebañados, no unidos en una tarea común. Admira observar cómo el primado de Polonia, se vale de la cuestión del trabajo al indicar los caminos a seguir para construir una cultura del trabajo, signada por el *ethos* particular que le impone la acción plenamente humana: un trabajo bien organizado debe permitir siempre su plena comprensión: “La inteligencia y la voluntad deben poder sacar algún provecho de él”<sup>24</sup>; y podríamos agregar, sin traicionar su pensamiento: si no, no hay verdadero desarrollo humano en el trabajo ejecutado. Por eso afirma sin dudar. “El primer beneficiario de un trabajo entendido de esta manera es el

---

<sup>22</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 45.

<sup>23</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 46.

<sup>24</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 46.

mismo trabajador. Y no porque cobre un jornal, sino gracias a que el trabajo, inseparablemente ligado a su persona, forma y desarrolla su inteligencia, voluntad y sentimientos, y se convierte en fuente de virtudes y eficiencias morales, físicas e intelectuales”<sup>25</sup>.

## **La perfección del hombre y la perfección de la obra**

Wyszynski parte de estas expresiones para entrelazar la relación entre la perfección de la obra y la perfección personal, que no pueden dissociarse. Ambas dimensiones de la perfección, la material y la espiritual se conjugan en el desarrollo integral de la persona y de la sociedad. Su mirada atenta sobre la realidad humana lo lleva a expresar: “Y así también quedan inmediatamente aclarados los dos fines a que debe mirar la actividad personal: el perfeccionamiento de la cosa y el del hombre. Éste es el punto de partida de todo progreso económico-social, del progreso religioso-moral, de la cultura y de la civilización humanas”<sup>26</sup>. Me detengo brevemente en la consideración de estas palabras por constituir un núcleo fundamental en el desarrollo del *ethos* del trabajo. El cardenal se refiere en primer término a los dos fines de la actividad: el perfeccionamiento de la cosa (dimensión objetiva) y el perfeccionamiento del hombre (dimensión subjetiva). Interpretando estas palabras surge que las está pensando tanto desde el *finis operis* como desde el *finis operantis*. El fin de la acción se concretará en lograr algo correctamente realizado, perfecto en función de su naturaleza y completo desde las normas que lo regulan. Reaparece aquí el concepto de utilidad, no sólo en la dimensión personal con que antes había sido considerada, sino más aun desde una perspectiva social, porque el bien o servicio realizado resulta útil a quien lo realiza pero también a quien lo recibe y disfruta. Desde el fin del agente, también las dos dimensiones, la objetiva y la subjetiva, se hallan estrechamente asociadas ya que la perfección de la cosa y la perfección del trabajador son fines que él debe contemplar. Nuevamente subyace aquí el concepto de utilidad, porque cuanto mejor sea la cosa, cuanto más perfecta, mayor utilidad reportará; y asimismo, cuanto mayor compromiso se haya puesto en su ejecución y concreción, también mayor aporte producirá en la perfección del agente del acto humano.

Resulta particularmente interesante el siguiente párrafo: “Con el trabajo llegamos a perfeccionar la cosa, la obra efectuada, puesto que intentamos darle una utilidad nueva, un nuevo valor; sólo se justifica aquella actividad que confiera al objeto una nueva utilidad, sólo así tiene sentido”<sup>27</sup>. Se advierte aquí una idea cara al pensamiento de la segunda escolástica, especialmente desarrollada por los escolásticos españoles, Vitoria, Soto, Azpilcueta, Albornoz, García, Molina y muchos otros, en el sentido de que el valor de las cosas depende de la utilidad que brindan. Al añadirle el hombre una nueva utilidad a la cosa, le agrega valor, y es ése un sentido primordial del trabajo, transformar las cosas para que satisfagan necesidades insatisfechas o para que mejoren el grado de satisfacción de necesidades parcialmente satisfechas. Meditando cuidadosamente estas expresiones puede observarse que dice que la actividad se justifica sólo si le confiere a la cosa una nueva

---

<sup>25</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 47.

<sup>26</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 48.

<sup>27</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 48.

utilidad, es decir, si esa actividad es efectivamente transformadora, y agrega de modo contundente “sólo así tiene sentido”.

Me detengo ahora en las siguientes palabras del texto porque hallo en ellas el gozne entre la dimensión objetiva del trabajo y su dimensión subjetiva: “Mediante el enriquecimiento de la cosa con valores nuevos, el trabajo se convierte en fuente de bienestar, de riqueza nacional. Todo cuanto nos rodea ha de enriquecerse, por voluntad de Dios, con valores nuevos: «Haceos la tierra sumisa ...»”<sup>28</sup>. En la expresión “mediante el enriquecimiento de la cosa con valores nuevos” Wyszynski alude a una transformación tal que cambie esa cosa en otra, y ve aquí un enriquecimiento ontológico pues la cosa se torna mejor, más perfecta; pero también un enriquecimiento valorativo, porque adquiere mayor valor gracias a que previamente logró una mayor utilidad merced a la transformación imperada mediante el trabajo. He aquí la dimensión objetiva apreciada por la dimensión subjetiva en la asignación de valor; produce un enriquecimiento material del hombre que ha logrado esa transformación ya que cuando la cosa logra mayor valor, él posee entonces algo que vale más. Pero cuando el autor dice que “el trabajo se convierte en fuente de bienestar, de riqueza nacional” está aludiendo a otra riqueza, que es la de cantidad de bienes disponible para la sociedad, alcanzando por ende un sentido social y comunitario.

Deseo retomar ahora lo que dije antes: el trabajo presenta una dimensión objetiva, un «qué» (causa material) lo que el hombre hace, su labor transformadora, que repercute directamente sobre la creación, sobre las cosas en las que trabaja. Así enriquece a la propia creación dotando a las cosas de un nuevo *status*. Pero también el hombre tiene un «cómo» (causa formal), un «por qué» (causa eficiente) y un «para qué» (causa final) que representan la dimensión subjetiva del trabajo: las disposiciones con que lo realiza, los motivos que lo impulsan a la actividad laboral y los fines que persigue. Según sea esta dimensión subjetiva, será el grado de perfeccionamiento que el hombre logre en la acción emprendida. Es decir que el enriquecimiento se manifiesta en tres aspectos estrechamente relacionados: el enriquecimiento en la cosa, que significa también enriquecimiento de la creación; el enriquecimiento material y espiritual del hombre que trabaja y, finalmente, el enriquecimiento de la sociedad porque dispone de cosas que le proveen mayor satisfacción a sus necesidades.

Cuando Wyszynski habla del enriquecimiento de la creación dice “todo lo que nos rodea ha de enriquecerse” y agrega “por voluntad de Dios”, reconociendo que todas las cosas son llamadas a adquirir un mayor valor, un mayor grado de perfección. En el texto que vengo analizando engarza el autor la tridimensionalidad de la persona humana, en su triple relación con Dios, con la creación y consigo mismo, pues la transformación de la creación mediante la actividad laboral no sólo es deseada por el Creador en su mandato “someted la tierra” sino que constituye también una forma de rendirle culto uniéndose a la acción creadora iniciada por Dios. El hombre expresa de ese modo su imagen y semejanza, haciéndose él también creador, no mediante una creación *ex nihilo* sino a través de la transformación que aplica a la creación donada por Dios. Basta observar la cantidad de bienes de los que dispone el hombre contemporáneo respecto de aquellos de que disponían sus antepasados, para comprobar que efectivamente el hombre va cumpliendo con el “someted la tierra” más allá de sus fracasos y sus pecados.

Wyszynski dice luego lo siguiente: “Las obras humanas, en efecto, son trasunto del valor del hombre; el progreso económico y las tendencias de su desarrollo nos dan a

---

<sup>28</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 48.

conocer las transformaciones y valores mismos del hombre; éste se manifiesta en el valor que confiere a las cosas”<sup>29</sup>. El hombre se expresa a través de sus actos humanos porque lo que manifiesta en ellos es su voluntad, su «quiero», y dentro de estas acciones humanas, el trabajo adquiere un lugar particular en virtud de la importancia y gravitación que tiene en la vida actual y en la consideración del hombre contemporáneo respecto de su realización personal. Cuando el hombre trabaja, genera cambios en la realidad sobre la que aplica sus acciones y en sí mismo por el perfeccionamiento que puede lograr al comprometer el empleo de su inteligencia y voluntad, como bien lo expone el cardenal: “El trabajo constituye uno de los medios puestos a nuestro alcance para el progreso espiritual. Su ejecución debe llevarse de manera que el hombre se perfeccione, no sólo en eficiencia física, sino también en eficacia moral”<sup>30</sup>. Obsérvese que no dice que el trabajo perfeccione al hombre sino que dice acertadamente que el hombre “se perfeccione”, porque el perfeccionamiento no le viene al hombre del exterior sino en las disposiciones con que enfrenta lo que viene del exterior. Aun el trabajo más duro y árido puede ser transformado en fuente de enriquecimiento integral de la persona humana, si es llevado a cabo con un sentido creador y formativo, con un compromiso consciente y eficaz de su inteligencia y voluntad por lograr el cometido.

Ante estas reflexiones cabe transmitir la palabra alerta de Wyszynski: “Nos perdemos en la búsqueda de las ganancias, arrastrados por la «obligación», concebida las más de las veces como sentido de la necesidad externa y no como apreciación moral. Es más: nos convertimos en esclavos de las cosas; el perfeccionamiento de las cosas nos absorbe hasta hacer que nos olvidemos de nosotros mismos; llegamos incluso a pensar que un exceso de trabajo nos libraría de la obligación de ejercer una influencia sobre nuestra propia alma”<sup>31</sup>. He aquí otro efectivo aporte para un *ethos* del trabajo: el dominio de las cosas por parte del hombre debe guiar la actividad laboral, pues representa el cumplimiento de aquel “someted la tierra”. Cuando son las cosas las que dominan al hombre, es decir, cuando lo material prevalece sobre lo espiritual, el trabajo no es ya fuente de perfeccionamiento, por eso dice que “llegamos a pensar que un exceso de trabajo nos libraría de la obligación de ejercer una influencia sobre nuestra propia alma”.

En esta misma línea de pensamiento expresa el autor lo siguiente: “Se impone, pues, un consejo: romper con la manera de considerar el trabajo a través de las necesidades vitales; volver al único y debido concepto: que el trabajo no es tanto una triste necesidad material, el recurso contra el hambre y el frío, como una necesidad de la naturaleza consciente del hombre, quien, a través de su acción, se conoce plenamente a sí mismo, y en ella se manifiesta íntegramente”<sup>32</sup>.

## **Trabajo y solidaridad**

En la consideración del *ethos* del trabajo no puede descuidarse el aspecto social del trabajo como forma de vinculación para un desarrollo integral, que alcance a todos los hombres y a todo el hombre. Por eso el cardenal introduce luego un capítulo dedicado al

---

<sup>29</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, pp. 48 y 49.

<sup>30</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 49.

<sup>31</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 49.

<sup>32</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 50.

trabajo visto como obligación social: “Al igual que cualquier otra actividad humana, el trabajo refleja en sí el carácter doble de la personalidad; va enderezado a fines propios y, al mismo tiempo los sobrepasa, mira al prójimo; además de personal, es social”<sup>33</sup>. Desde el momento en que el hombre no puede abarcar la totalidad de los procesos que requiere la producción de bienes, se relaciona con otros hombres, se vincula con ellos y forma equipos de trabajo. De esa forma, el hombre no permanece aislado ni encerrado en sí mismo, sino que procura una apertura a los demás para compartir sus habilidades y conocimientos en la tarea común.

Es necesario asumir también la dimensión temporal de la obra conjunta, y reflexionar sobre la perspectiva de una solidaridad vertical que atraviesa la historia de los hombres que habitan en diversas etapas de la evolución de la humanidad, para generar el progreso técnico y el desarrollo de una generación respecto de otra. Dice Wyszynski: “Toda labor humana es continuación de otra anterior, es, pues, origen de un vínculo histórico; la obra hecha pone en relación el pasado con el futuro”<sup>34</sup>. Más adelante agrega: “Trabajar es tender los hombres hacia los hombres ...”<sup>35</sup> y esta tensión de unos hacia otros gracias al trabajo le sirve al autor para explicar por qué el trabajo es creador de la sociedad humana: “Porque nos enseña el amor y la caridad, el sentido de la dependencia y de la humildad, y porque nos empuja a la utilidad mutua ...”<sup>36</sup>. Ve en el trabajo una forma de enriquecer el amor y la caridad entre los hombres, no sólo por el hecho de compartir saberes y habilidades que entrelazan la tarea común, sino también porque los frutos de ese trabajo que mancomuna esfuerzos pueden destinarse a quienes no tienen posibilidades de trabajar, hacia los miembros más desprotegidos de la comunidad.

Este pensamiento enlaza con la tradición cristiana de socorrer a los débiles y los necesitados, aunque no puedan trabajar ni ganarse el sustento por sus propios medios. Ni el paganismo ni las corrientes materialistas contemporáneas promueven el cuidado y la atención de los discapacitados o marginados laboralmente. Ellos también son hijos de Dios, iguales en dignidad. De modo rotundo, el cardenal afirma lo siguiente: “Este concepto confiere al trabajo humano su carácter más elevado, lo limpia de egoísmo, de afán de lucro, de espíritu materialista y rastrero. Nuestra acción debe llevar consigo el espíritu de caridad, de sacrificio, de desinterés, la voluntad de servir a los imposibilitados, a los pobres, a los huérfanos, a quienes el esfuerzo y la faena resultan imposibles, y, en particular, a los enfermos”<sup>37</sup>.

## **Trabajo y creación**

Hay que destacar un enfoque relevante de la relación entre el trabajo y la colaboración del hombre con la obra creadora de Dios: es el vínculo de amistad que ve el cardenal que se genera a partir del cumplimiento de los designios divinos. Veamos sus propias palabras: “La labor cumplida en espíritu de sumisión a Dios, de acuerdo con los planes divinos, lleva al hombre a la amistad de Dios”<sup>38</sup>. Agrega el autor más adelante:

---

<sup>33</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 51.

<sup>34</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 52.

<sup>35</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 54.

<sup>36</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 55.

<sup>37</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, pp. 61 y 62.

<sup>38</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 90.

“Junto con la vida espiritual, la vida activa es uno de los medios más eficaces de acercarnos a Dios. ¿Acaso no ha querido Él hacer de la creación el primer testigo de su existencia, la primera voz que le dice al hombre: «Dios existe»? Suponiendo que no hubiera revelación ni magisterio de la Iglesia, la creación daría testimonio del Creador. Cuanto más cerca están de la naturaleza, más sienten los hombres la proximidad del cielo”<sup>39</sup>.

El autor significa así la importancia que tiene el trabajo en la relación del hombre con Dios. El hecho de que emplee el término “amistad” para referirse a esta especial forma de relación, que podría también recibir el nombre de «alianza», le sirve para relacionar estas ideas con aquellas palabras de Cristo: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer”<sup>40</sup>. Wyszynski sostiene que a través del trabajo el hombre conoce mejor a Dios, logra un conocimiento más profundo de Él, en el sentimiento de dependencia, en el despliegue de sus fuerzas físicas e intelectuales. Y es en la sumisión de nuestra inteligencia y voluntad, en la obediencia a las leyes de la creación por Él estipuladas, donde el hombre tiene una ocasión de enriquecer el amor que Dios le profesa. El trabajo es entonces un lugar de encuentro con la bondad y la misericordia divinas. Cuando se logra un trabajo de esta calidad espiritual, se alcanza la cima de la vida laboral, la plenitud de unión a la obra creadora de Dios, pues “es una participación en la acción creadora, en la Providencia, en el quehacer inconmensurable por el que Dios lo sostiene todo en el ser, por obra de Su amor”<sup>41</sup>.

Nuevamente, el cardenal aclara aquí que el hombre no crea nada en sentido estricto, pero mediante su trabajo logra que las cosas que Dios ha creado alcancen su perfección, en relación con el destino para el que fueron creadas. Y concreta su pensamiento con profundas palabras impregnadas del amor de Dios: “Es voluntad suprema que el ser consciente intervenga en la riqueza natural para ordenarla de acuerdo con sus necesidades. Dios necesita las manos, las piernas humanas para llevar la creación a la perfección que Él mismo se propuso”<sup>42</sup>. Con esta idea de la necesidad que Dios tiene del hombre, quiere resaltar no una necesidad real de Dios sino una necesidad metafórica, originada en un deseo suyo nacido en el mismo momento de la creación del hombre, cuando dispuso el «para quién» y el «para qué» de la creación, concretados en aquel “someted la tierra”. Esto va de la mano con aquel concepto de amistad ya presentado que alude a la alianza que entabló Dios con el hombre desde el mismo Génesis.

Wyszynski culmina el desarrollo que viene realizando entre trabajo humano y amor al Creador, diciendo lo siguiente: “A veces, nos olvidamos de esa ley de colaboración amorosa con el Hacedor y no advertimos que estamos cumpliendo un acto de amor hacia Él, que, en cierto sentido, completamos –permítasenos la expresión- esa «insuficiencia» divina. Un poco de atención a nosotros mismos bastaría para orientar nuestras potencias espirituales y físicas hacia la colaboración con Dios”<sup>43</sup>. He transcripto también este último párrafo, en el que sobresale este concepto de la «insuficiencia de Dios» escrita con obvio pudor por parte del autor, porque creo que pone claramente de manifiesto una realidad: nuestro olvido de la condición de hijos, ante todo, pero también de lugartenientes frente a la

---

<sup>39</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 92.

<sup>40</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, pp. 90 y 91. La cita corresponde a Jn. 15,15.

<sup>41</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, pp. 93 y 94.

<sup>42</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 94.

<sup>43</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 94.

creación. Y no porque no asumamos el rol de transformadores de la realidad, que sí lo hacemos, sino porque lo que no asumimos es la paternidad de Dios, providente y amorosa, que llega al extremo de depositar su confianza en lo que el hombre haga de sí mismo en esta creación y de lo que haga también de esta creación que salió de las manos del Creador. Aunque el final del texto parezca contradecir lo que dice antes, no es así, por eso me parece importante analizarlo. Cuando termina dice “un poco de atención a nosotros mismos” cuando antes se refería a la “insuficiencia divina”. ¿A quién hay que atender, quién padece de la insuficiencia? A juzgar por la primera parte del párrafo, es a Dios a quien hay que atender, pero si nos atenemos a la segunda parte, es a nosotros mismos a quienes debemos prestar atención. Éste es el sentido que, creo yo, debe darse al texto: la insuficiencia divina a la que alude es como aquella insuficiencia que finge cualquier padre cuando quiere que su hijo le ayude en alguna tarea, no porque el padre lo necesite, sino porque como padre quiere que su hijo se desarrolle, que sea capaz de hacer cosas; y por eso celebra que el niño lo haga, y le dirá cosas como «no habría podido hacerlo sin ti» para aumentar la autoestima del niño, su confianza en sí mismo. Creo que es de este modo como debe interpretarse la insuficiencia divina de la que habla.

Pero no es Dios el que se perfecciona cuando el hombre cumple el mandato dado sino el mismo hombre, que sometándose a la ley de Dios, logra su mayor desarrollo. Resuenan aquí aquellas palabras de san Bernardo: *Deo similis, sibi similis, Deo disimilis, sibi disimilis*.

## Trabajo y pecado original

Aun cuando mediante el trabajo el hombre logra un mayor grado de desarrollo personal y también social, y con ello la actividad se constituye en fuente de gozo y alegría, de satisfacción y plenitud, también presenta su lado oscuro, pues no es menos cierto que simultáneamente acarrea sacrificios, fatigas y frustraciones. Wyszynski se pregunta sobre el porqué de este misterio, y responde: “Para aclarar este misterio, es menester considerar el trabajo desde el ángulo de la fe. Ésta nos enseña que, antes del pecado original, el trabajo constituía para el hombre alegría pura; el esfuerzo y la fatiga eran desconocidos antes de Adán. Fue el pecado el que añadió al trabajo la condición de obligación, de peso, de sudorosa fatiga, según la sentencia: «Maldita será la tierra por tu causa; con fatiga te alimentarás de ella todos los días de tu vida; espinas y abrojos te germinarán y comerás hierba del campo; con el sudor de tu rostro comerás pan»”<sup>44</sup>.

Luego de remitir a la revelación para comprender por qué el trabajo era además de fuente de alegría, fuente de dolor, señala que como consecuencia del pecado original, el trabajo no perdió nada de su nobleza original ni de su estrecha vinculación con la naturaleza humana. El trabajo, en tanto que acto humano bueno, se convierte mediante la constante disposición a su ejercicio en fuente de virtudes, y como toda virtud, aunque atractiva *per se*, resulta ardua en su consecución. Inteligencia y voluntad, las dos potencias de la razón humana se han visto comprometidas en este enturbiamiento del que antes hablaba el cardenal, por ende, resulta más difícil apreciar el bien y alcanzarlo. A esto se añade la rebeldía de la naturaleza respecto del hombre luego de su desobediencia al Creador.

---

<sup>44</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, pp. 121 y 122. La cita corresponde a Gn 3,17-19.

Esta rebelión de la naturaleza que presenta una dimensión personal, no podía permanecer ajena a la dimensión social del hombre, pues el hombre es persona siempre en relación, jamás en forma encapsulada. Wyszynski reconoce esta situación a través de estas conmovedoras palabras: “La sublevación contra la hermandad que el trabajo lleva consigo agrava, por su parte, ese sufrimiento. El colaborar con los hombres constituye una amargura desde el momento en que el pecado encerró al hombre en sí mismo, hundiéndole en el egoísmo y la soberbia, desde que violó el carácter social del hombre separándolo de Dios y del prójimo, abocándolo a la autoadoración, al culto de la propia inteligencia y voluntad”<sup>45</sup>. Siendo el trabajo una obra común, requiere de una dosis de sacrificio de la propia voluntad, de obediencia a la autoridad, de reconocimiento de los propios errores y de los aciertos y méritos de los demás.

Pero aun en medio de las dificultades, de las fatigas, de las frustraciones el hombre debe ser capaz de ver en el trabajo un camino de liberación, y esta liberación le viene dada al trabajo desde la redención.

## **Trabajo y redención**

Para el tratamiento de esta cuestión, Wyszynski comienza con estas elocuentes palabras: “El trabajo hecho por amor a Dios es la participación humana, no sólo en la obra de la creación, sino también en la de la redención; toda labor, en efecto comporta una parte de fatiga y de agobio que podemos ofrecer al señor como expiación por las culpas humanas. Ese lado penoso del trabajo procede del enturbiamiento, por el pecado original, de la inteligencia y de la voluntad, que se oponen a las leyes benditas del trabajo”<sup>46</sup>. En tan breves palabras aparece prefigurada la triple relación del trabajo con la creación, a la que el hombre se une mediante su actividad laboral practicada con amor al Creador, siguiendo las leyes dadas por Él para someter ordenadamente la tierra, se vincula también con el pecado, vinculación puesta de manifiesto en el “enturbiamiento” del que habla en cardenal aquí, y con la redención, en la incorporación del concepto de expiación de las culpas humanas, lo que se denomina habitualmente *valor expiatorio del trabajo*.

El esfuerzo adquiere aquí un aspecto purificador de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad, de nuestros sentimientos, esfuerzo con el cual sintonizamos con el sacrificio redentor de Cristo en la cruz, para lo cual también requiere que sea ejercido con amor. Por eso dice: “El trabajo sin amor, en efecto, es incapaz de redimir al hombre de sus culpas. «Cuando comáis, bebáis, o cualquier trabajo que hagáis, hacedlo todo para mayor gloria de Dios». La intención puede santificar la obra más insignificante, ser fuente de mérito redentor, si la dirige el amor a Dios”<sup>47</sup>. La atinada introducción de estas palabras de san Pablo muestran la importancia que el trabajo adquiere en la gloria de Dios, no porque Dios necesite de ella, sino porque los hombres necesitamos de glorificar a Dios con nuestras obras, para nuestra propia elevación personal, y el trabajo es una de las formas más idóneas para hacerlo. Deben ser interpretadas en la misma línea de la insuficiencia divina a la que ya me he referido.

---

<sup>45</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, pp. 127 y 128.

<sup>46</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 95.

<sup>47</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 96. La cita corresponde a 1 Cor 13,3.

¿De qué manera se convierte el trabajo en fuente de redención? Veamos qué dice el cardenal: “En la resistencia que el trabajo encierra reconocemos la resistencia humana a Dios: la fatiga mediante la cual el hombre actúa sobre la materia, dignificándola, es similar al esfuerzo de Dios que actúa en el hombre para ennoblecerlo. Dios va mejorando constantemente en nosotros su obra para que refleje mejor su plan divino, la luz de su rostro. De manera análoga, el hombre, a su vez, comunica sus propios rasgos al objeto de su labor. Por la obra conocemos al maestro; sí, pero, en esta actividad humana sobre la materia, tropezamos con la resistencia de esta última, similar a la que el hombre opone a Dios. La materia acaba por ceder a la inteligencia y voluntad humanas y su sometimiento ha de servir al hombre de aliciente para que también él ceda a Dios”<sup>48</sup>. Aunque resulte algo extensa, no resistí la tentación de transcribir este texto, que concentra en sí un esquema de la espiritualidad del trabajo, la vinculación de la redención del hombre y al mismo tiempo de la naturaleza. Vale la pena analizarlo cuidadosamente.

El hilo conductor de este pensamiento es el paralelismo entre la resistencia de la materia al hombre y la resistencia del hombre a Dios. El esfuerzo que el hombre aplica a la materia para dignificarla, refleja el constante esfuerzo que Dios realiza para elevar al hombre. Obsérvese la nitidez con que Wyszyński expresa que el trabajo humano dignifica a la materia y no al hombre, ya que su dignidad proviene de Dios, del cual es imagen y semejanza. Una de las características más apreciadas del libro es que no cae jamás en esa concepción materialista de que el trabajo dignifica al hombre. Quizás sea su constante contacto con ideologías materialistas el que lo preserva de caer en tales afirmaciones.

Otro punto importante es el destacar que así como Dios va perfeccionando en nosotros su obra, también el hombre, expresa lo mejor de sí en su labor y a través de los bienes que salen de sus manos. Finalmente, el tema de la resistencia, tanto de la naturaleza hacia el hombre, representada en este caso por la materia que debe someter, como la del hombre hacia Dios, al que opone su indocilidad.

Llenas de un mensaje esperanzador, propio de quien confía tanto en la bondad y la misericordia de Dios, como en las mejores fuerzas humanas que son testimonio del espíritu con el que Dios dotó al hombre, el cardenal expresa que así como la materia finalmente se le somete, también él debe aceptar ceder a las insinuaciones de Dios que desea para el hombre la mayor de las perfecciones posibles a su naturaleza racional.

## **Conclusión**

No es posible abarcar en el marco de un artículo la maravillosa riqueza de todo un texto, y menos de uno como éste sobre el que me propuse reflexionar, específicamente respecto de la espiritualidad del trabajo. Pero de todos modos creo haber logrado suscitar, al menos, el interés por un libro que, algo olvidado, fue precursor de una encíclica de la magnitud y trascendencia de *Laborem exercens*.

A modo de conclusión deseo dejar un motivo de reflexión, para lo cual he escogido las siguientes palabras de Wyszyński: “Y ahora, deduzcamos si el dolor del trabajo es una maldición, un castigo, o, por el contrario, una tabla de salvación más, una ocasión para que en nosotros se multiplique la gracia redentora. Veamos si hemos de desear y buscar trabajos cómodos, leves, exentos de esfuerzo; lo que tienda a ahorrar el esfuerzo humano, ¿no

---

<sup>48</sup> Wyszyński, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 132.

significará un empobrecimiento del hombre integral? La redención plena nos llegará de Cristo: «Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y Yo os aliviaré»<sup>49</sup>.

---

<sup>49</sup> Wyszynski, Stephan: *El espíritu del trabajo*, p. 139.



**Pontificia Universidad Católica Argentina**  
**“Santa María de los Buenos Aires”**  
**Facultad de Ciencias Sociales y Económicas**  
**Departamento de Economía**

***Ediciones Documentos de Trabajo:***

- Nº 1: Millán Smitmans, Patricio, “*Panorama del Sector de Transportes en América Latina y Caribe*”, Noviembre de 2005.
- Nº 2: Dagnino Pastore, José María; Servente, Ángeles y Casares Bledel, Soledad, “*La Tendencia y las Fluctuaciones de la Economía Argentina*”, Diciembre de 2005.
- Nº 3: González Fraga, Javier A., “*La Visión del Hombre y del Mundo en John M. Keynes y en Raúl Prebisch*”, Marzo de 2006.
- Nº 4: Saporiti de Baldrich, Patricia A., “*Turismo y Desarrollo Económico*”, Abril de 2006
- Nº 5: Kyska, Helga, y Marengo, Fernando, “*Efectos de la Devaluación sobre los Patrimonios Sectoriales de la Economía Argentina*”, Mayo de 2006
- Nº 6: Ciocchini, Francisco, “*Search Theory and Unemployment*”, Junio de 2006
- Nº 7: Ciocchini, Francisco, “*Dynamic Panel Data. A Brief Survey of Estimation Methods*”, Junio de 2006.
- Nº 8: Molteni, Gabriel, “*Desempleo y Políticas del Mercado Laboral. Análisis internacional de políticas públicas: Algunos casos exitosos*”, Julio de 2006.
- Nº 9: Genticó, Fernando, “*Duración de los Sistemas de Tipo de Cambio: Bretton Woods, un punto de inflexión*”, Agosto de 2006.
- Nº 10: O’Connor, Ernesto, “*Algunas Consideraciones acerca de la Eficiencia del IVA en la Argentina*”, Septiembre de 2006.
- Nº 11: Millán Smitmans, Patricio, “*Modernización del Estado e Indicadores de Desempeño del Sector Público*”, Octubre de 2006.
- Nº 12: Resico, Marcelo, “*Las Reformas Económicas y la Modernización del Estado*”, Noviembre de 2006.
- Nº 13: Díaz, Cecilia, “*Universidades Indianas del Período Colonial*”, Noviembre de 2006.
- Nº 14: Dagnino Pastore, José M., “*Los Efectos Económicos de la Promoción Regional*”, Marzo de 2007.
- Nº 15: Valsecchi, Francisco, “*La Reconstrucción de la Ciencia Económica sobre el Fundamento Ético-Cristiano*”. “*El Sentido de la Escuela de Economía de la Universidad Católica Argentina*”. Prólogo de Patricio Millán, Junio de 2007.

Nº 16: Ciocchini, Francisco y Molteni, Gabriel, “*Medidas alternativas de la pobreza en el Gran Buenos Aires 1995-2006*”, Julio de 2007

Nº 17: Sabater, Javier , “ El financiamiento de la Educación Superior. Propuestas para Argentina”, Julio de 2007